



Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"



2º PREMIO PROSA 1.994

LEMA: JUNTO AL ÁLAMO

EL EMBRUJO DE UNA SIRENA

Allí la encontré, recostada junto a unos arrecifes de piedra acogedoras de vida donde los pequeños seres del mar componían una sinfonía de tipismo en continua ofrenda de sabor y olor alevosamente embriagadores. Recostada en el centro de una bahía donde la luz quiso sentar hogar y donde los vientos, aunque a veces excesivos en su ímpetu, jugueteaba con su melena tejida de sal cristalina, me ofrecía su silueta cincelada por el artista más grande. Alguien me susurró al oído que su edad rondaba los tres mil años, pero yo la ví repleta de juventud y portadora de una risueña mueca de inequívoca alegría. Llegué cuando aún el invierno mostraba su desapacible encanto, en el mes del cual dicen que posee cierto grado de simpática locura, Febrerillo. La sirena cubría su rostro con un brillante antifaz y bromeaba bajo el vuelo de gaviotas con un matasuegras lanzándolo cordialmente hacia sus amigos: un Pierrot, el arlequín, el polichinela, llegados dos siglos atrás en los barcos de comerciantes. Se cubrió con la elegancia castiza de un traje de piconera y se calzó unos tacones que resonaron sobre los arrecifes al ritmo sandunguero de un baile extraído de su alma: el tanguillo. Como en dos puertas imaginarias, ella abrió el umbral de la fantasía y entraron en su bahía los habituales invitados a su gran fiesta: La Gracia, típica señora que todo lo envuelve con su aguda visión; El Humor, forzudo caballero capaz de soportar el peso de grandes penas; La Risa, inseparable compañera de la Gracia; El Ingenio, inteligente explorador de la imaginación; La Guasa, cargante y latosa amiga de la Gracia, pero bien intencionada; El Cante, lenguaje oficial de la fiesta. Además, cientos, miles de personajes aparecieron vestidos con los más dispares ropajes provenientes de la historia, del resto del mundo, del cine, de la televisión, de la literatura o de la pura creación. Tras ellos hizo acto de presencia el Arte, esbelto y elegante, rajeando sinuosas guitarras, pulsando bandurrias y laúdes, redoblando tambores, percutiendo bombos y extrayendo el sonido jocoso de los pitos de caña. Les esperaban orgullosos de su deber cumplido, poetas, músicos y sastres. Tampoco faltaron a la cita: La Nostalgia, constante evocadora de tiempos pretéritos; La Crítica, sincera supervisora del transcurrir cotidiano; El Piropro, aromática flor agradecida siempre a la belleza; El Trabalenguas, parlanchín enrevesado y divertido; La Ironía, siempre esbozando la doble intención; El Esperpento, indefinible y fuera de toda norma.

La sirena se enredaba entre unos rayos de sol a los que llamaba serpentinatas, y esporádicas nubes dejaban caer una lluvia multicolor en forma de diminutos papelillos. El tanguillo, a la par de su ritmo vibrante brotó de su voz y se adueñó del aire como mensaje alado, tendió su mano a sus compañeros, el pasodoble y el cuplé, y juntos entonaron aquello que antes se escribió sobre blancas cuartillas en horas de abrazo a la inspiración. La sirena alzó una copa donde el vino se confundía con el oro, sumándose al brindis los pequeños seres marinos; ostiones y erizos, amigos perpetuos del paladar.

Y en la tarde del día grande, las ninfas, sus compañeras en el imperio marino, formaron un cortejo sobre majestuosas carrozas junto a decenas de damas que la representaban a ella misma; grupos de alegres músicos entonaban desenfadados pasacalles y grotescos personajes enlazaban su colorido en un alborozo que finalizaba con la ninfa elegida como Diosa de la Fiesta. En la noche, como rúbrica del gozo reconocido, la sirena iluminaba los cielos con el fuego artístico; cohetes acróbatas subían centelleantes



Peña Cultural y Carnavalesca

"La Salle-Viña"

para estallar en la belleza de cabriolas en el aire y simétricos arabescos dibujados en el manto azabache del cielo.

Cuentan las fábulas que las sirenas embrujan con sus cantos a los marinos, que atraídos por su misterio perecen en las profundidades del gigante de sal. Yo, también me embrujé con la voz de la sirena de la blanca bahía y también me sumergió en su mar, pero no para perecer en él, sino para sentir el arrullo de algo parecido a la felicidad.

EMILIO QUINTANA RODRÍGUEZ